

de gigante, ni el apego á las miserias humanas en aquel espíritu de predestinado.

Un grupo de soldados rodea al herido prodigándole frases de ternura y palabras de consuelo; el sacerdote de Dolores, de pie, cerca del grupo, eleva al cielo una mirada suplicante.

El alma de «Pípila» húndese en el misterio de lo desconocido, y los despojos del mártir se cubren con la bandera de los insurgentes, en la que brilla, como símbolo de libertad y venero inagotable de risueñas esperanzas, la compañera de los indios, la Virgen de Guadalupe!



## Un Mártir de la Insurgencia

No había sonado aún para la tierra en que nació la hora solemne de su advenimiento á la vida de los pueblos en el floreciente y rico Estado de Guanajuato, que de manera tan notable ha figurado siempre en los anales de nuestra República; el insigne benefactor D. Anselmo Ramírez aún no daba los primeros pasos que más tarde habrían de producir, con la licencia del virrey D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, firmada el veintiuno de Agosto del año de 1810, la construcción de una capilla rural y el agrupamiento á su alrededor de pobres viviendas, que con el transcurso del tiempo han venido á convertirse en el risueño pueblecito del Jaral, donde hoy abunda la gente laboriosa, y la mano pródiga de



la naturaleza imparte sin medida singulares beneficios.

A inmediaciones del lugar que ahora ocupa el mencionado pueblo, levantábase el grupo de cabañas del rancho de «Los López», cuyos fértiles terrenos bañaban constantemente las cristalinas aguas del río Lerma.

Allí, en la misteriosa soledad de los campos, en el saludable retiro de los bosques vírgenes, lejos del tumultuoso oleaje de las grandes poblaciones, y en íntimo contacto con las maravillas de aquel fragmento de tierra, verdadero paraíso del exúbera Bajío, deslizábase sin amarguras la plácida existencia del honrado campesino D. Manuel Muñatones, para quien las labores agrícolas, los goces de la familia y la lectura provechosa de los buenos libros, constituían su mejor y más grato esparcimiento.

No faltaban, empero, al ánimo de don Manuel las frecuentes meditaciones en el futuro de su patria; pues amante, como pocos, del bienestar de sus hermanos y del prestigio y buen nombre del mísero país en el que por la primera vez habíanse abierto sus ojos á la luz, no podía acostumbrarse al triste espectáculo que Anáhuac le ofreciera con su denigrante

y prolongado cautiverio; antes bien, lamentábase á menudo de las discordias, aniquilamientos y vejaciones que aquí y allá se levantaban como fatídicos espectros engendradores de desgracias para el nativo suelo y sus grandes elementos de riqueza, y para aquellos infelices cuyas desnudas espaldas tostaba el ardiente sol y cubría de cardenales el ominoso látigo de negreros y capataces.

Con frecuencia, á la caída de la tarde, y cuando la rústica tarea había tocado á su fin, el señor Muñatones, sentado cerca de su choza, en medio del grupo que formaban sus hijos y sus compañeros de labor, hablábales de los infortunios de México, del porvenir que toca á los pueblos subyugados, de las primeras víctimas de la Independencia, y del día no lejano en que nuevos mártires y redentores deberían surgir de la masa desconocida y vil pendiada, para afirmar con su doctrina y con sus hechos la noble causa de los libres, regar con su sangre fecunda los campos de batalla ó el patíbulo, que en ocasiones se convierte en lecho de rosas para ignominia de tiranos y saludable ejemplo del más puro y sublime de los patriotismos.

— Hay que tener fe en el mañana del



suelo en que nacimos — exclamaba el labrador poseído de entusiasmo; — debemos conservar en lo íntimo del pecho un rayo de esperanza por el triunfo legítimo de la verdad y el reconocimiento de nuestras prerrogativas; y quiera Dios que mis ojos vean lucir en el hoy tenebroso cielo de Anáhuac la aurora de la emancipación, aun cuando en ese preciso instante, mi débil y fatigado cuerpo vaya á descansar, sin resabios de amargura, en la ignorada fosa de un humilde cementerio.

\* \* \*

El grito de libertad, lanzado en Dolores por el insigne caudillo y sacerdote D. Miguel Hidalgo, sólo hacía pocos días que había repercutido en los ámbitos de la Nueva España como un poderoso toque de atención á los que por espacio de trescientos años gimieran bajo el yugo del dominio extranjero, no oyendo sino de vez en cuando, á semejanza de una nota dulcísima, la apostólica voz del Obispo Las Casas, pidiendo misericordia en favor de los míseros esclavos, el benéfico acento de Luis de Velasco, para el

que valía más la autonomía de los indios que todas las minas del mundo, la avasalladora é irresistible palabra del licenciado Francisco Primo de Verdad, para quien no fueron obstáculos insuperables los terrores y procedimientos de su época, al proclamar con entereza y sin ambages el atrevido dogma de la soberanía popular.

El intendente Riaño, á la cabeza de los españoles vecinos de Guanajuato, había muerto valerosamente resistiendo el formidable empuje de aquella terrible hecatombe, de que fué testigo muda la famosa Alhóndiga de Granaditas.

Después de la rendición, y una vez que se hubo restablecido el orden y entrado la ciudad en un período de relativa calma, diéronse las órdenes precisas para que, reunidos los insurgentes, y tomando la delantera D. Mariano Jiménez con tres mil hombres, le siguiese Hidalgo con el grueso del ejército, efectuándose la salida, rumbo á Valladolid, el 10 de Octubre de 1810, debiéndose tocar, entre otros puntos, de acuerdo con la ruta prefijada, Valle de Santiago, Salvatierra y Acámbaro.

\* \* \*



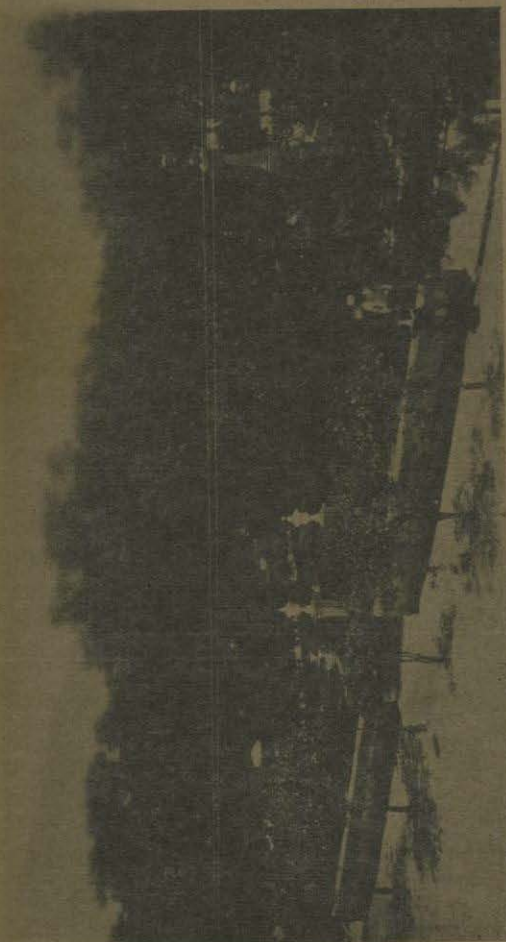


Muy cerca de los terrenos que ahora ocupa el pueblo del Jaral, y en un punto denominado Puente de tierra, que casi tocaba el camino del cerro, en jurisdicción de la Hacienda de la Bolsa, encontrábase un hombre de alguna edad, vistiendo el típico traje del rancharo acaudalado; sombrero de copa chica y de grandes alas galoneadas de oro, toquilla de plata y chapetas del mismo metal, magnífico jorongo de vistosos colores, calzonera de paño azul con botonadura de plata, ceñidor de seda, cotona de cuero de venado y botas campaneras.

Por su altivo porte, semblante jubiloso y maneras distinguidas creyérase estar frente á frente de uno de esos individuos de cultivado talento, que fueron la fiel imagen del valor, de la nobleza de sentimientos y del ferviente culto á la patria, en los días que siguieron á la proclamación de su independencia.

Era D. Manuel Muñatones, el honorable campesino del rancho de «Los López», quien, sabedor de los sucesos de Dolores y Guanajuato, apresurábase á dar la bienvenida al ejército insurgente y ofrecer sus respetos al insigne caudillo, representante de América oprimida.

Cuando el grupo que formaban D. Mi-



JARDÍN JUÁREZ. — JARAL (GUANAJUATO)

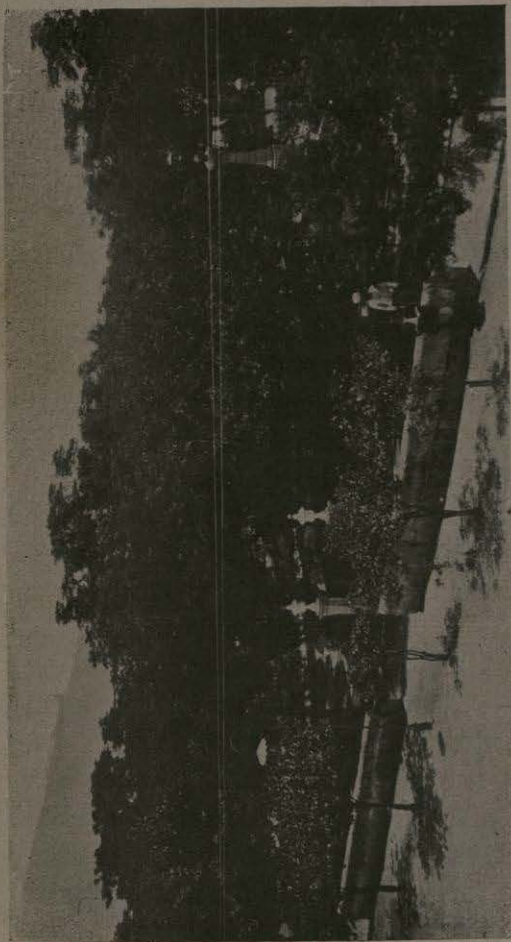


Muy cerca de los terrenos que ahora ocupa el pueblo del Jaral, y en un punto denominado Puente de tierra, que casi tocaba el camino del cerro, en jurisdicción de la Hacienda de la Bolsa, encontrábase un hombre de alguna edad, vistiendo el típico traje del rancharo acaudalado; sombrero de copa chica y de grandes alas galoneadas de oro, toquilla de plata y chapetas del mismo metal, magnífico jorongo de vistosos colores, calzonera de paño azul con botonadura de plata, ceñidor de seda, cotona de cuero de venado y botas campaneras.

Por su altivo porte, semblante jubiloso y maneras distinguidas creyérase estar frente á frente de uno de esos individuos de cultivado talento, que fueron la fiel imagen del valor, de la nobleza de sentimientos y del ferviente culto á la patria, en los días que siguieron á la proclamación de su independencia.

Era D. Manuel Muñatones, el honorable campesino del rancho de «Los López», quien, sabedor de los sucesos de Dolores y Guanajuato, apresurábase á dar la bienvenida al ejército insurgente y ofrecer sus respetos al insigne caudillo, representante de América oprimida.

Cuando el grupo que formaban D. Mi-



JARDÍN JUÁREZ. — JARAL (GUANAJUATO)

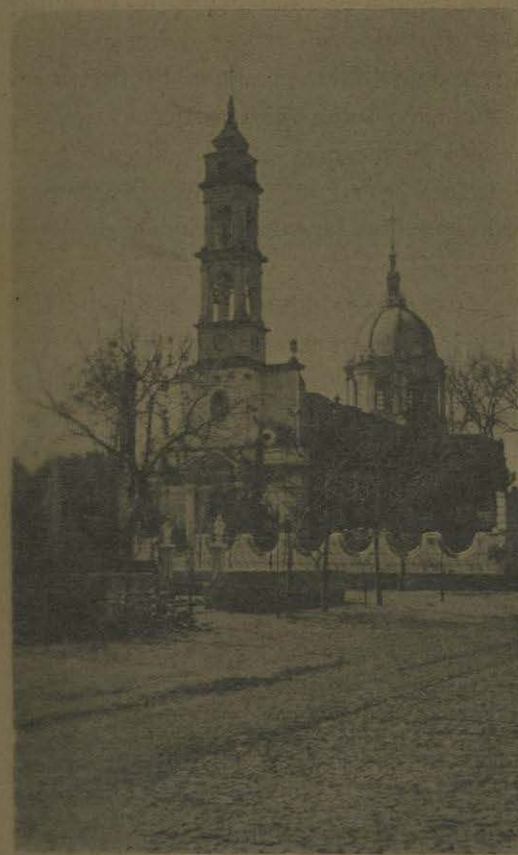


guel Hidalgo y sus principales compañeros estuvo á la vista del labrador, apresuróse éste á encaminarse á su encuentro descubriendo la cabeza, hincando en tierra la rodilla y besando la diestra de aquel sacerdote, que en aras del patriotismo, debía muy pronto derramar su sangre y servir de ejemplo á los héroes venideros de la gigante lucha de once años.

Acogió bondadosamente el Padre Hidalgo las muestras de gratitud y de cariño nacidas de aquel corazón noble y generoso, que latía á impulsos del amor á su país y á los denodados guerreros que iban al combate y á la muerte en busca de la libertad y de la gloria, y preguntándole dónde vivía y cuáles eran sus ocupaciones y medios de subsistencia, contestóle D. Manuel en estos términos:

— Señor cura: vivo no lejos de estos lugares, á orillas del río grande de Lerma, (1) en una humilde cabaña; mi ocupación es en el campo, y en mis horas de reposo gusto de leer los buenos libros, que siempre me han enseñado á amar á Dios, á respetar á mi prójimo, honrar á mi pa-

(1) Conocido desde hace tiempo con el nombre del Arroyo por los habitantes del Jaral.



EXTERIOR DEL TEMPLO PARROQUIAL DEL JARAL



guel Hidalgo y sus principales compañeros estuvo á la vista del labrador, apresuróse éste á encaminarse á su encuentro descubriendo la cabeza, hincando en tierra la rodilla y besando la diestra de aquel sacerdote, que en aras del patriotismo, debía muy pronto derramar su sangre y servir de ejemplo á los héroes venideros de la gigante lucha de once años.

Acogió bondadosamente el Padre Hidalgo las muestras de gratitud y de cariño nacidas de aquel corazón noble y generoso, que latía á impulsos del amor á su país y á los denodados guerreros que iban al combate y á la muerte en busca de la libertad y de la gloria, y preguntándole dónde vivía y cuáles eran sus ocupaciones y medios de subsistencia, contestóle D. Manuel en estos términos:

— Señor cura: vivo no lejos de estos lugares, á orillas del río grande de Lerma, (1) en una humilde cabaña; mi ocupación es en el campo, y en mis horas de reposo gusto de leer los buenos libros, que siempre me han enseñado á amar á Dios, á respetar á mi prójimo, honrar á mi pa-

(1) Conocido desde hace tiempo con el nombre del Arroyo por los habitantes del Jaral.



EXTERIOR DEL TEMPLO PARROQUIAL DEL JARAL



tria y á hacer lo posible por desterrar de los míos cualquiera idea de esclavitud y de libertinaje. Conocedor de las virtudes de su merced y de la heroica campaña que por salvar á México viene emprendiendo, no he vacilado un punto en venir á saludarle, rogándole, si lo tiene á bien, se digne honrar mi casa con su presencia y la de sus fieles compañeros, aunque sea por un momento; que si pobre es la ofrenda, muy grande es la buena voluntad que la origina.

Sorprendió agradablemente á D. Miguel Hidalgo la inteligencia, ingenuidad y buenos modales del labriego, y aceptando gustoso el ofrecimiento que se le hacía, dió órdenes para que la tropa suspendiera la marcha, encaminándose desde luego al rancho de «Los López», donde fué recibido por sus habitantes con vivas muestras de adhesión y respeto.

D. Manuel ofreció al caudillo y á un buen número de los insurgentes apetitosa comida, mantuvo con ellos animada conversación, les enseñó sus labores y su ganado, y al llegar la hora de partir, prometió al anciano sacerdote enviarle en breve algunos auxilios para el sostenimiento de la lucha, que bajo tan lisonjeros auspicios veníase desarrollando.

Ni una sola vivienda marca hoy el sitio que en 1810 ocupó el rancho de Muñatones; pero la tradición, esa amiga y compañera de la historia, ha venido perpetuando de gente en gente el memorable recuerdo de aquella comida, en la que figuraron como invitados de honor mártires sublimes de nuestra gloriosa independencia!

\* \* \*

No faltó un ingrato que, envidioso de la fortuna de D. Manuel, divulgase lo acontecido en «Los López», dando á todo esto caracteres de tal magnitud, que bien pronto encendieron los rencores y mataron en flor las esperanzas.

Un día, cuando sólo pocos habían transcurrido de los sucesos anteriores, encontróse el cadáver del labrador pendiente de un árbol cuyas ramas besaban la superficie límpida del Lerma.

¡El realista Luis Sarmota era el autor del crimen!

Los deseos del mártir se habían cumplido: «Quiera Dios que mis ojos vean lucir en el cielo de Anáhuac la aurora de la



emancipación, aun cuando en ese preciso instante, mi débil y fatigado cuerpo vaya á descansar, sin resabios de amargura, en la ignorada fosa de un humilde cementerio...!»



## La Perla del Lago

**A**BUNDAN en el territorio de la República Mexicana obras de tal manera notables, que atraen á cada paso la mirada del viajero, cautivándole con sus maravillas y disponiendo su espíritu á la meditación, que eleva muy por encima de las vulgaridades y contratiempos del mundo, para enseñar con la irrefutable lógica de los hechos, que la naturaleza en sus más variados prodigios, y el hombre superior en sus grandes inventos y colosales empresas, sirven de sostén poderoso á la humanidad claudicante, confortan en su infortunio á los desheredados de la vida, estimulan con su grandeza á los cobardes y apocados, y colaboran admirablemente en la benéfica labor del Sér Supremo al través de las edades y sobre todos y cada uno de los países de la tierra.



Y junto á esas magnas obras, que parecen centinelas avanzados en el indestructible camino del progreso, míranse también, en singular contraste, poblaciones que merecen mejor suerte, y que no obstante, recuerdan los pasados tiempos de la época colonial, por las costumbres de sus pobladores, la severidad de sus edificios y la monotonía de su existencia, en pugna febril con el interminable clamoreo de nuestro siglo, en el que la varita mágica de inapreciables factores abrevia las distancias, ilumina las ciudades, disminuye el trabajo de la bestia y coadyuva sin medida al espectáculo grandioso del concierto universal.

Esto sucede con Yuririapúndaro y el bellissimo lago que sus alrededores engalana, y en el cual dibújanse caprichosas islas cubiertas de vegetación exuberante. Mientras que en éste la vida y el movimiento surgen de sus cristales y depositan en el corazón torrentes de bienestar, en aquélla se opacan los esplendores de la vigésima centuria con el tupido velo de melancólica tristeza que enerva las energías y mata las ilusiones.

Y, sin embargo, puede decirse que uno y otra nacieron al calor de idénticos afa-

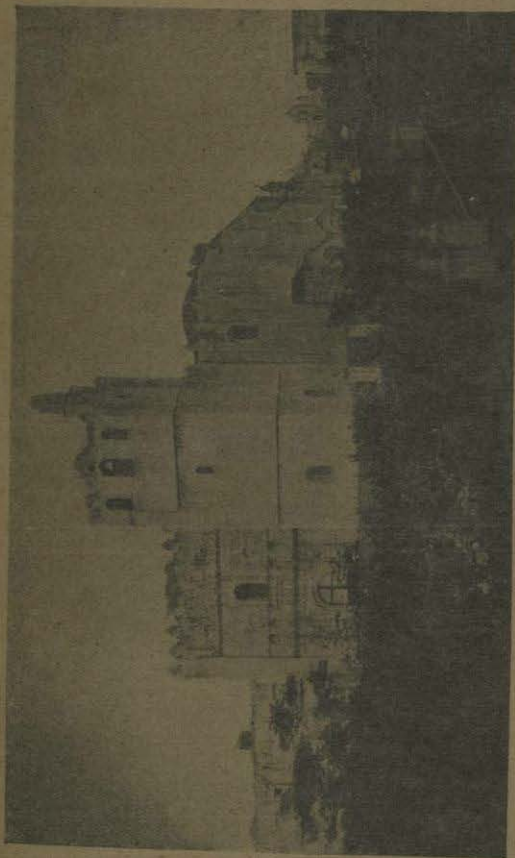
nes, á los impulsos de una sola voluntad firme é inquebrantable por el amor á los que sufren y el amparo de sus intereses; de igual modo que en los primeros días de la predicación del Evangelio, cuando la fe era divino fuego acrisolador de las conciencias, y la esperanza el ángel de ternura que batía sus alas de impecable armiño sobre todos los dolores de la mundana escoria, los apóstoles de la buena nueva, impregnados del espíritu de verdad y mansedumbre, plantaron en los desiertos la antorcha de la caridad, en el seno de los hogares agruparon á los infelices, dividieron sin renillas los frutos de la tierra, y convirtiéronse, para bien de sus semejantes, en salvaguardia de sus derechos y en defensores fidelísimos de la doctrina del inmortal Crucificado, que entraña en el profundo y consolador «Amaos los unos á los otros» la más sublime de las enseñanzas y el medio único de consolidar las instituciones en el presente, á fin de preparar á los pueblos su magnificencia en el porvenir.

\* \* \*



La historia de Yuririapúndaro guarda importantes monumentos para el arqueólogo, datos de positivo interés para el que dedique su atención á estudios de la época precortesiana, memorables recuerdos del gobierno colonial y reliquias que con el transcurso de los siglos aumentan su valor y constituyen valiosa herencia para las generaciones venideras.

En esa historia destácase de cuerpo entero la venerable figura de Fray Diego de Chávez, insigne benefactor y ángel guardián de los hijos de aquella población, que por espacio de muchos años sufrió el azote de encarnizadas luchas entre los indios chichimecas y los del reino de Michoacán; acabando por desaparecer tales contiendas por los benéficos esfuerzos del generoso cacique D. Alonso de Sosa, quien, no contento con dar fin á las enemistades de las tribus guerreras, impartió socorros de todo género á los necesitados, ayudó con fuertes limosnas á la fábrica del convento, majestuoso edificio que recuerda por su arquitectura y solidez el formidable recinto de una antigua fortaleza, y donó á los religiosos agustinos la Hacienda de San Nicolás, que por sí sola representa considerable fortuna.

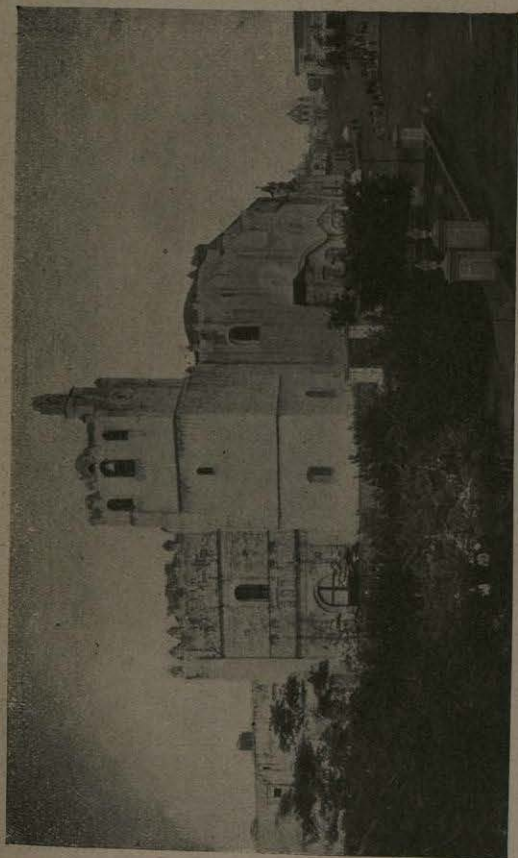


EXTERIOR DEL TEMPLO PARROQUIAL Y CONVENTO DE AGUSTINOS DE YURIRIAPÚNDARO



La historia de Yuririapúndaro guarda importantes monumentos para el arqueólogo, datos de positivo interés para el que dedique su atención á estudios de la época precortesiana, memorables recuerdos del gobierno colonial y reliquias que con el transcurso de los siglos aumentan su valor y constituyen valiosa herencia para las generaciones venideras.

En esa historia destácase de cuerpo entero la venerable figura de Fray Diego de Chávez, insigne benefactor y ángel guardián de los hijos de aquella población, que por espacio de muchos años sufrió el azote de encarnizadas luchas entre los indios chichimecas y los del reino de Michoacán; acabando por desaparecer tales contiendas por los benéficos esfuerzos del generoso cacique D. Alonso de Sosa, quien, no contento con dar fin á las enemistades de las tribus guerreras, impartió socorros de todo género á los necesitados, ayudó con fuertes limosnas á la fábrica del convento, majestuoso edificio que recuerda por su arquitectura y solidez el formidable recinto de una antigua fortaleza, y donó á los religiosos agustinos la Hacienda de San Nicolás, que por sí sola representa considerable fortuna.



EXTERIOR DEL TEMPLO PARROQUIAL Y CONVENTO DE AGUSTINOS DE YURIRIAPÚNDARO



D. Alonso de Sosa, hijo de Yuriria y general de los indios chichimecas, falleció en aquel pueblo el año de 1561; su memoria y su nombre serán bendecidos y respetados como se bendicen y respetan la generosidad, el valor y el desprendimiento de las almas grandes.

Según asienta el Doctor D. José Guadalupe Romero en sus «Noticias para formar la Historia y la Estadística del Obispado de Michoacán», encontrábase cerca de Yuriria unos terrenos cuya superficie podía estimarse en cuatro leguas y media de largo por una de ancho, terrenos bajos y pantanosos que siendo impropios para la agricultura, no lo eran para el desarrollo de numerosas epidemias que diezma-  
ban constantemente á los pobres habitantes del lugar.

Fray Diego de Chávez, deseoso de evitar las epidemias, proporcionar á sus feligreses un medio seguro de subsistencia, y á fincas rústicas excelente regadío, construyó el año de 1548 un enorme canal por el que condujo aguas del río Lerma á los terrenos referidos, que al correr de los años vinieron á convertirse en el gran depósito que todos admiran por su extensión y por los innumerables beneficios que proporciona á la agricultura, al comercio y á la industria.



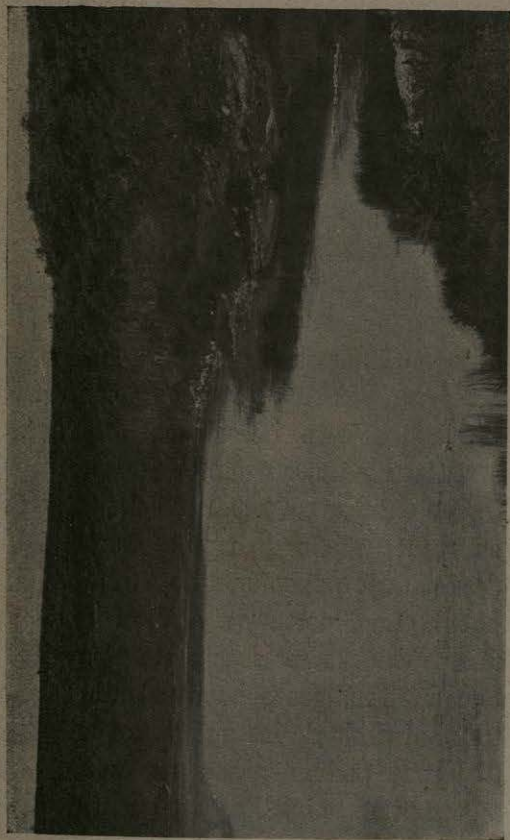
ALBERCA DE YURIRIA, PERTENECIENTE AL MISMO SISTEMA VOLCÁNICO DE LA DE VALLE DE SANTIAGO



D. Alonso de Sosa, hijo de Yuriria y general de los indios chichimecas, falleció en aquel pueblo el año de 1561; su memoria y su nombre serán bendecidos y respetados como se bendicen y respetan la generosidad, el valor y el desprendimiento de las almas grandes.

Según asienta el Doctor D. José Guadalupe Romero en sus «Noticias para formar la Historia y la Estadística del Obispado de Michoacán», encontrábase cerca de Yuriria unos terrenos cuya superficie podía estimarse en cuatro leguas y media de largo por una de ancho, terrenos bajos y pantanosos que siendo impropios para la agricultura, no lo eran para el desarrollo de numerosas epidemias que diezaban constantemente á los pobres habitantes del lugar.

Fray Diego de Chávez, deseoso de evitar las epidemias, proporcionar á sus feligreses un medio seguro de subsistencia, y á fincas rústicas excelente regadío, construyó el año de 1548 un enorme canal por el que condujo aguas del río Lerma á los terrenos referidos, que al correr de los años vinieron á convertirse en el gran depósito que todos admiran por su extensión y por los innumerables beneficios que proporciona á la agricultura, al comercio y á la industria.



ALBERCÁ DE YURIRIA, PERTENECIENTE AL MISMO SISTEMA VOLCÁNICO DE LA DE VALLE DE SANTIAGO



A orillas de la famosa laguna, cuyo principio he procurado dar á conocer anteriormente, álzase aún, como el vetusto tronco que desafía sin doblegarse el poderoso empuje de los años, la extensa ranchería que de tiempo inmemorial se conoce con el nombre de «La Puerta de Andarácua», en la que más de seiscientos vecinos dedícanse en su mayor parte á las labores del campo y á la pesca, felices en el medio ambiente que la Providencia les depara, como las canoras avecillas que en el florido ramaje contemplan sus albergues y arrullan con sus cánticos á los tiernos frutos de su inocente amor.

Allá en 1810, cuando el alegre repique de la campana de Dolores despertó del enervante sueño de tres centurias á los desdichados pobladores de la Nueva España, «La Puerta de Andarácua» honrábase con la presencia de una mujer buena é inteligente, cuyos bienes de fortuna, al decir de los que la conocieron y trataron, podían pasar por cuantiosos, aunque nunca iguales á los sentimientos de caridad que siempre atesoró su propietaria, conocida por todos con el dulce y poético nombre de la Perla del Lago.

Llamábase D.<sup>a</sup> Gertrudis Vargas, y la segur ineludible de la muerte habíala de-

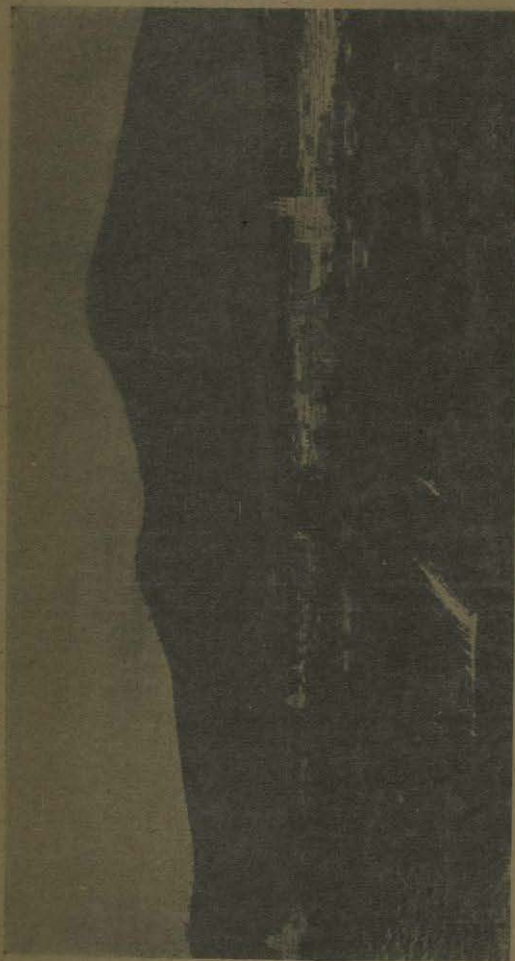
jado viuda desde hacía algunos años, sin otros afectos que el purísimo á su patria y el abnegado y ferviente á su José María, el hijo predilecto que tantas veces le recordaba á su difunto esposo, y que por aquel entonces cumplido había las diez y nueve primaveras, dotado de una constitución robusta y de una salud inmejorable, herencia feliz de sus antecesores y carácter distintivo de la gente laboriosa de nuestras campiñas.

Habiendo recibido desde su juventud una educación esmerada, que fortaleció más tarde la experiencia de la vida y la atmósfera vivificante del patriotismo, que alimentando con suave néctar el corazón, engrandece el espíritu, fomenta las buenas acciones y sirve de lazo de unión á los individuos y á las agrupaciones; no oyendo hablar á los suyos sino de las amarguras y penalidades inherentes á los pueblos subyugados, del triste suelo de México, cuyos hijos derramaban lágrimas de sangre en interminables noches de vigilia, recorriendo el camino de Damasco y pisando una á una las estériles rocas del Calvario, con la heroicidad de los genios de Esparta y la abnegación de los primeros mártires del Cristianismo; natural era que la noble señora procurara



infundir en el ánimo del tesoro de su amor todas aquellas verdades que aprendió siendo niña, y que ese tesoro, al alborear en la noche de su inteligencia los prístinos destellos precursores de la razón madura, sintiese latir la entraña á impulsos de un triple afecto, inspirado por su amorosa madre, por el padre ausente y por la patria que gemía en los horrores de la esclavitud.

Como el pobre pajarillo encerrado en jaula de oro, al ver libre la puerta de su prisión desentume las alitas y emprende animoso el vuelo á regiones donde el aire es puro y la naturaleza ostenta sus delicados y más bellos atavíos; donde al trinar de misteriosos ruiseñores se adunan el rumor de las hojas mecidas por el viento y el alegre murmullo de las aguas que corren en los riachuelos, así del corazón de D.<sup>a</sup> Gertruids escapóse sonriente la esperanza, cuando el primer rayo de luz iluminó como aurora de ventura el tenebroso cielo de México cautivo; y esa mágica esperanza que no abandona á los que con fe discurren por las arenas del desierto, íbase á juntar á millares de esperanzas, que en armonioso conjunto saludaron un día al sol naciente del a libertad.



VISTA PANORÁMICA DE YURIRIA



infundir en el ánimo del tesoro de su amor todas aquellas verdades que aprendió siendo niña, y que ese tesoro, al aborrecer en la noche de su inteligencia los prístinos destellos precursores de la razón madura, sintiese latir la entraña á impulsos de un triple afecto, inspirado por su amorosa madre, por el padre ausente y por la patria que gemía en los horrores de la esclavitud.

Como el pobre pajarillo encerrado en jaula de oro; al ver libre la puerta de su prisión desentume las alitas y emprende animoso el vuelo á regiones donde el aire es puro y la naturaleza ostenta sus delicados y más bellos atavíos; donde al trinar de misteriosos ruiseñores se adunan el rumor de las hojas mecidas por el viento y el alegre murmullo de las aguas que corren en los riachuelos, así del corazón de D.<sup>a</sup> Gertruids escapóse sonriente la esperanza, cuando el primer rayo de luz iluminó como aurora de ventura el tenebroso cielo de México cautivo; y esa mágica esperanza que no abandona á los que con fe discurren por las arenas del desierto, íbase á juntar á millares de esperanzas, que en armonioso conjunto saludaron un día al sol naciente del a libertad.



VISTA PANORÁMICA DE YURIRIA



De los labios de aquella mujer, tesoro inagotable de virtudes cívicas, en el instante supremo que la mano de Dios marcaba el *hasta aquí* al imperio de los infortunios y al embate furibundo de las pasiones indómitas, debieron escuchar palabras como las sublimes de Víctor Hugo: «El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolución.»

La revolución había brotado en Dolores como planta bienhechora en medio productivo; era una sola chispa que andando el tiempo debería alcanzar las gigantescas proporciones de una hoguera; y de esa hoguera misteriosa, como el fénix de sus despojos, el mundo vería surgir una nación joven y robusta, aleccionada en la escuela de la adversidad, salpicado su manto con la sangre fructífera de los mártires, ciñéndose la corona de laurel, emblema de sus triunfos, agrupándose en derredor de los países libres y mirando cara á cara, sin sonrojos de vergüenza, los sempiternos fulgores que emergen de la gloria.

Después que la toma del coloso de Granaditas llevóse á efecto, encamináronse



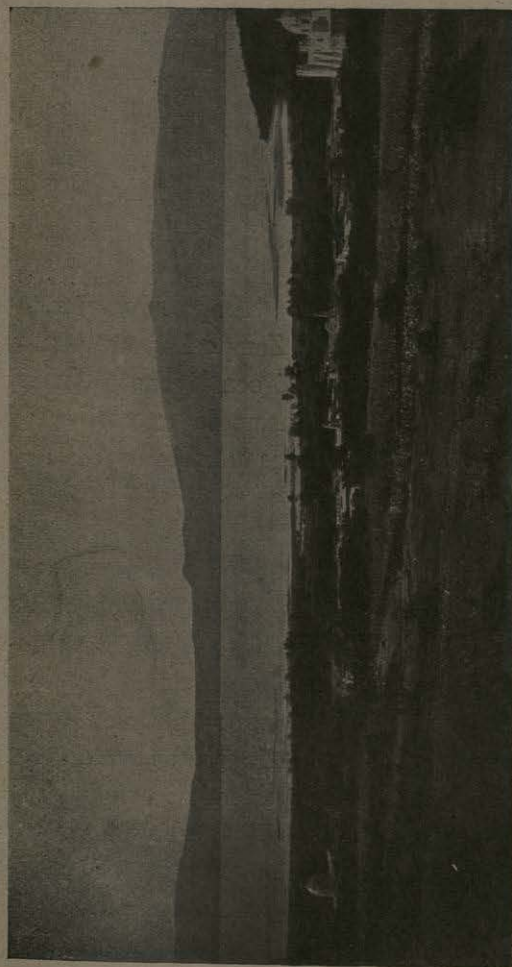
LAGUNA DE YURIRIA



De los labios de aquella mujer, tesoro inagotable de virtudes cívicas, en el instante supremo que la mano de Dios marcaba el *hasta aquí* al imperio de los infortunios y al émbate furibundo de las pasiones indómitas, debieronse escuchar palabras como las sublimes de Víctor Hugo: «El odio que crían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolución.»

La revolución había brotado en Dolores como planta bienhechora en medio productivo; era una sola chispa que andando el tiempo debería alcanzar las gigantescas proporciones de una hoguera; y de esa hoguera misteriosa, como el fénix de sus despojos, el mundo vería surgir una nación joven y robusta, aleccionada en la escuela de la adversidad, salpicado su manto con la sangre fructífera de los mártires, ciñéndose la corona de laurel, emblema de sus triunfos, agrupándose en derredor de los países libres y mirando cara á cara, sin sonrojos de vergüenza, los sempiternos fulgores que emergen de la gloria.

Después que la toma del coloso de Granaditas llevóse á efecto, encamináronse



LAGUNA DE YURIRIA



las fuerzas insurgentes á la histórica Valladolid, donde el patriotismo aumentaba el número de sus prosélitos y la memoria del Padre Hidalgo, como rector del Colegio de San Nicolás, permanecía incólume en la mente de muchos de sus antiguos educandos.

En un lugar que á inmediaciones del pintoresco lago de Yuririapúndaro se levanta, y que hace tiempo lleva el nombre de «Loma de Zempoala», el ejército libertador presenció con lágrimas de ternura y de entusiasmo la entrevista de D.<sup>a</sup> Gertrudis Vargas y su hijo José María con el insigne sacerdote de la congregación de los Dolores, alma y vida de aquel movimiento prodigioso, que apenas iniciado, asemejábase ya al terrible oleaje de un mar embravecido, por la impetuosidad de la lucha, el denuedo de los combatientes y el estímulo que por todas partes mirábase reinar, animando los semblantes y enardeciendo los ánimos.

— Señor Cura — dijo la noble matrona, así que la emoción hubo de permitirle articular palabra; — el cielo ha derramado sobre mí todo género de bendiciones, proporcionándome la singular fortuna de que mis ojos contemplan el anhelado instante del principio de la lid en favor de

nuestra cara independencia, y el inefable gozo de que mi espíritu está lleno al besar la diestra de usted y al dar mi bienvenida á los esforzados guerreros que lo acompañan. Pluguiera á Dios que las condiciones de mi edad y de mi sexo me permitiesen seguir á los insurgentes en la bendita causa que vienen defendiendo; que de ese modo saldaría gustosa la deuda enorme de gratitud que como mexicana he contraído desde el momento de nacer; mas ya que tales deseos no es dado que se realicen, séame concedido al menos depositar en usted lo que constituye mi mayor tesoro, el imán adonde tienden mis afectos y mis aspiraciones todas: el hijo único que me acompaña y que de hoy más quiero que salve á su patria, aun cuando tenga que derramar su sangre en beneficio de sus hermanos. Acéptelo usted, cual si fuera miembro de su propia familia; y cuando llegue la hora del combate, que sea de los primeros en empuñar las armas; colóquele usted en los puntos de mayor riesgo, y haga de él un hombre útil á su país y un enérgico defensor de sus intereses.

De los ojos del anciano sacerdote deslizaronse furtivas dos gruesas lágrimas en elocuente y muda contestación á las fra-



ses de aquella heroica mujer, que emulaba con sus hechos á los hijos de Esparta, y con su abnegado amor á la madre inmortal de los Rayones.

Y como si tales muestras del más acendrado patriotismo no fueran suficientes á derramar un hálito de vida y de profunda satisfacción en el pecho de D.<sup>a</sup> Gertrudis, la buena señora, después de algún tiempo, emprende viajes á Chilpancingo para entregar á los miembros del Congreso fuertes cantidades de dinero, con las que contribuía al sostenimiento de la causa nacional; sin arredrarle lo penoso de las marchas, la inseguridad de los caminos, ni el mortífero clima de las tierras del Sur.

En alguna ocasión llegan á su casa soldados insurgentes conduciendo al capitán Magaña, que había sido herido en reciente encuentro con los realistas.

— ¿Qué nuevas traen ustedes? — les pregunta la señora, acercándose al grupo del jefe y sus compañeros.

— Tristes, madre — le responde aquél. — La suerte nos fué contraria; el enemigo presentóse en mayor número que nosotros y no pudimos resistirle.

Entonces D.<sup>a</sup> Gertrudis, ardiendo en santa ira, con sus manos azota la cabeza de su hijo, que postrado de hinojos imploraba su perdón.

— Es así cómo el señor cura te enseñó á defender los derechos de tu patria? ¿Así comprendes sus enseñanzas y aquilatas sus consejos?

Y continuó con más entereza y animación:

— El verdadero soldado es el que se acostumbra á vencer ó á morir, mas nunca presentando la espalda al enemigo. Vé á curar tus heridas, y cuando estés restablecido, torna al combate y procura vengar la ofensa que sufriste. ¡México lo reclama y tu madre lo ordena!

\* \* \*

Noventa y ocho años van transcurridos desde el memorable en que el anciano sacerdote, elevado por sus grandes merecimientos á la categoría del primero de nuestros libertadores, se lanzó á la lucha empuñando el estandarte de los derechos ultrajados; la sangre de nuevos mártires ha subido al cielo en demanda de justicia; nuevos combates han venido á turbar los ánimos de los hijos de México; pero ninguna epopeya tan grandiosa pueden registrar sus anales como la iniciada en 1810 por el cura de Dolores y llevada á



feliz término el veintisiete de Septiembre de 1821, después del abrazo de Acatémpam, con la entrada del Ejército trigarante en la moderna Tenoxtitlán.

Y á medida que el tiempo pasa; que el progreso y la ilustración mejoran nuestras costumbres y cultivan nuestra inteligencia; que se levantan del polvo del olvido los nombres de los héroes, el purísimo sentimiento de la gratitud se robustece en lo íntimo de los corazones mexicanos, y destácase en toda su magnificencia la pléyade de inmortales que constelan con sus hechos el catálogo de las mujeres ilustres de Anáhuac, que son gloria de su país y admiración del universo entero.



## El Hijo de la Heroína

EN episodio anterior descorrí el velo que cubría la noble figura de una mujer dechado de abnegación sin límites y de entrañable patriotismo, fundida en igual molde que aquel del que salieron á la vida de la inmortalidad, en épocas de tormenta y de luto para México, las dignas matronas que se llamaron Josefa Ortiz de Domínguez, Leona Vicario, Rafaela López Aguado, Mariana Rodríguez del Toro, María Fermina Rivera, Manuela Medina, María Tomasa Esteves, Luisa Martínez, y tantas otras cuyos nombres no se registran aún en la historia de nuestro país; pero que día llegará en que una mano compasiva y justiciera las levante del fondo del olvido en que yacen sepultadas y las coloque en el privilegiado lugar á que por sus hechos se hicieron acreedoras.